

**JESÚS BALLAZ**

# EL NIETO DEL CÓNDOR

DE LOS ANDES A BARCELONA

ILUSTRACIONES DE KIM AMATE



AKIARA books



**JESÚS BALLAZ**  
**EL NIETO DEL CÓNDOR**  
**DE LOS ANDES A BARCELONA**

ILUSTRACIONES DE KIM AMATE

Publicado por AKIARA books  
Plaça del Nord, 4, pral. 1.<sup>a</sup>  
08024 Barcelona (España)  
www.akiarabooks.com/es  
info@akiarabooks.com



© 2021 Jesús María Ballaz Zabalza, por el texto  
© 2021 Joaquim Amate López, por las ilustraciones  
© 2021 AKIARA books, SLU, por esta edición

Primera edición: junio de 2021  
Colección: Akinarra, 3  
Dirección editorial: Inès Castel-Branco

Este producto está hecho con material proveniente  
de bosques certificados FSC® bien manejados  
y de materiales reciclados.



Este libro se ha impreso sobre papel Arena Natural Rough de 90 g/m<sup>2</sup>,  
la cubierta sobre papel Imitlin E/R55 Aida Neve de 125 g/m<sup>2</sup>, encolada  
sobre cartón de 2 mm, las guardas son de cartulina Pop'Set de 120 g/m<sup>2</sup>  
y se han usado los tipos Celeste Pro Book, Frutiger75 Black y Futura MdCn BT.

Impreso en España: @Agpograf\_Impressors  
Depósito legal: B 9.699-2021  
ISBN: 978-84-17440-90-9  
Todos los derechos reservados

## Índice

Una carta inesperada	5
El anuncio de una maldición	11
El ya lejano terremoto	15
Persiguiendo sus sueños	23
Maldito mechón blanco	29
Un billete de avión	35
El vuelo del nieto del Cóndor	41
¿Qué decía la carta?	47
Querida madre y querido Nahuel	51
La llegada	55
Hacia el centro de la ciudad	63
¿Quién envió el billete?	67
Un cielo sin estrellas	75
El hombre de la maleta con ruedas	81
Pájaro sin nido	87
Roxana	91
¡A la rica fruta!	99
Un nuevo nieto	107

Comida caliente	113
La pareja	119
Roxana estrena madre	125
En el duro banco	129
Jardinería Alegre	133
Intenciones ocultas	141
¡No me atraparán!	151
Noche de truenos y pólvora	157
Un ruidoso encuentro	163
<i>Reflexiones</i>	175
<i>¿Quién es quién?</i>	178

## **Una carta inesperada**

**E**ra un 12 de mayo.

Una furgoneta destartalada, pesada y ruidosa subía por la serpenteante carretera. El polvo rojizo ocultaba su color original, que nadie sabría adivinar cuál había sido.

Nahuel, en plenos Andes, seguía con mirada de pájaro el lento movimiento del automóvil. ¡Era tan raro que alguien llegara hasta allí arriba, donde volaban los cóndores!

En la cabina viajaban el conductor y un niño. Detrás, en la caja descubierta, balaban tristemente seis flacas ovejas atadas por las cuatro patas. Las seis rumiaban hambre porque no tenían nada que masticar.

Cuando estaban a punto de llegar a su casa, Nahuel salió a su encuentro. El niño, a medida que crecía, comenzaba a sentirse el escudo de su abuela, que tantas veces lo había defendido contra vecinos y extraños.

—¡Eh! ¿Qué buscan por aquí? —gritó, encarándose con los recién llegados.

El chico, rechoncho y de rostro muy amplio, había tenido que mostrar su genio tantas veces para que no lo vejaran... No obstante, no se hubiera sentido tan seguro si no hubiera notado a su espalda el aliento de mamá grande, su abuela Quiteria.

Esta aguardaba detrás, bien erguida, empuñando una vara. Los recién llegados no les habían dado motivos para que tuvieran que temerlos, pero el pavor se alimenta a veces de historias que perviven en la mente como humo de recuerdos.

El conductor saltó de la furgoneta con un sobre en la mano. Sonrió para romper la frialdad del recibimiento y clavó la vista en la cima de la cordillera antes de dar unos pasos hacia delante. Tras él salió el niño. No tendría más de seis años. Corrió hacia un arbusto y dejó escapar allí mismo un río amarillo.



—¿Quiteria Oscos? —preguntó el recién llegado.

—Yo misma.

El hombre le entregó el sobre sin soltar palabra. Ella, sorprendida, no acertó a decir nada. Hacía tiempo que nadie había llegado hasta allí con un papel a su nombre.

La mujer estuvo a punto de confesarle que no sabía leer, pero la retuvieron la presencia de Nahuel y el recuerdo de sus tajantes palabras: «Nunca debes revelar que no sabes leer, abuela. Se aprovecharían de ti».

Los dos viajeros regresaron al destartalado vehículo. Saludaron agitando las manos y la furgoneta partió cerro abajo llevándose la misma nube de polvo que la había acompañado al subir.

Nahuel se quedó mirando el sobre que tenía su abuela en las manos.

—Apúrate a aprender a leer, hijo. Cuando sepas, lo entenderemos todo.

—Ya sé leer —replicó el chico con orgullo.

—Pero aún no lees de corrido...

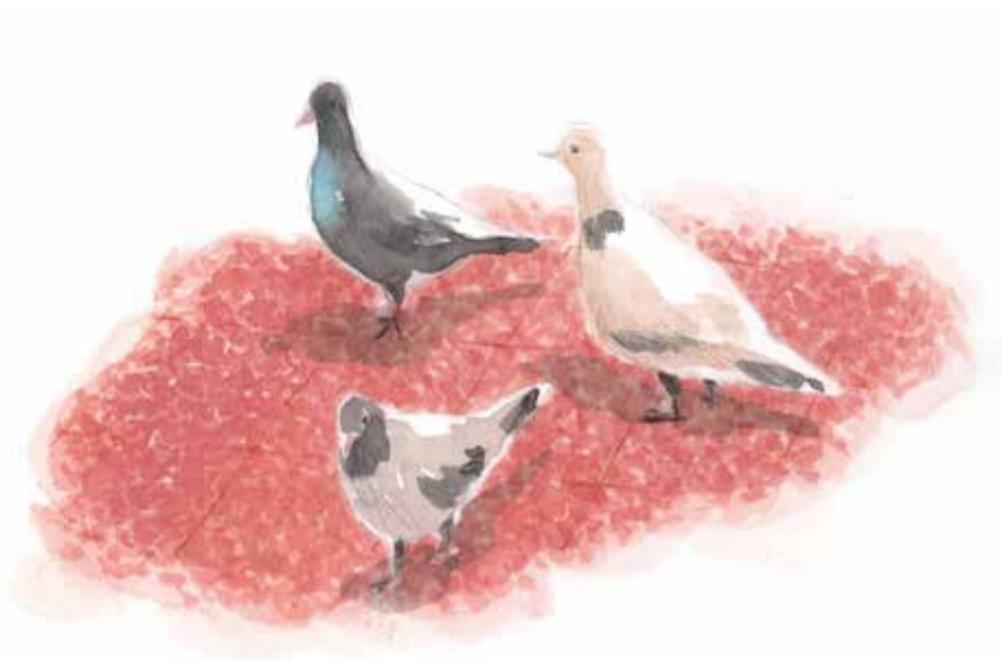
La mujer no acababa de fiarse de él. Temía que se inventara noticias o que no le contara todo lo



que ponía en la carta. Es más, no quería que su nieto se enterara de lo que decía esta. Su hija Alfonsina podría contarle cosas que tal vez no conviniera que el niño supiera. Porque ¿de quién podía venir la carta, si no?

tramos del trayecto hubiera viajado bajo tierra,  
como los topos pero a una velocidad endiablada.

¡Las cosas que le podría contar a su abuela si un  
día volvía a la cordillera!



## **¿Quién envió el billete?**

Como si despertara de un sueño, Nahuel se vio en medio de una plaza casi toda embaldosada. Los pequeños parterres de hierba, los árboles y el agua de una fuente eran lo único que no se le hacía extraño.

Lo demás, incluidas las cosas más elementales de la vida en una ciudad, todo lo tendría que aprender. Incluso le sorprendía tener que esperar a que se iluminara el ojo verde de una columna de metal para cruzar la calle.

Los ruidos de los motores, los incesantes movimientos de los autobuses y de la gente lo hacían sentirse como una llama en un baile. No salía de su asombro. Estaba asustado. Ni por un momento se desprendía de su mochila; era todo lo que poseía.



Recorrió algunos tramos de las calles circundantes, donde vio comercios, librerías, hoteles... Ahora entendía qué significaban exactamente todos esos nombres.

En su mano izquierda acariciaba un papelito. Era su único seguro. En él llevaba escrita la dirección de su madre.

Se armó de valor, se lo mostró a una mujer mayor de rostro amable y le preguntó:

—¿Hacia dónde he de ir para llegar al pasaje Roger de Flor?



—¡Uy! Tendrás que caminar veinte minutos —se lamentó la mujer antes de darle indicaciones.

Veinte minutos no eran nada para quien se había regido hasta ese momento por los tiempos de la naturaleza.

Con las indicaciones que ella le había dado, Nahuel localizó la calle en menos de un cuarto de hora. Se detuvo ante el número 10. Era una casa blanca de dos plantas, entre dos bloques más altos.

No sabía cómo llamar. No veía el timbre de la puerta. Una vez más, le dominaba la inseguridad.

Pero se sentía sacudido por una gran emoción. Podría estar muy cerca de su madre.

Golpeó la puerta con los nudillos de sus dedos. Le abrió un señor mayor, corpulento, ligeramente encorvado, vestido con camisa de rayas azules y blancas. Lo miró entre severo y curioso.

—Busco a Alfonsina Malú —murmuró el niño casi como un susurro.

El miedo le comía la voz.

El hombre quedó desconcertado. Sin saber qué responder, giró la cabeza hacia el interior y gritó:

—¡Clara, sal un momento! Hay un chico que pregunta...

—¿Qué pregunta? —se oyó al fondo una voz de mujer muy enérgica.

Apareció por el pasillo una señora gruesa en una silla de ruedas. Un paño oscuro cubría sus piernas. El moño de pelo casi blanco enroscado sobre su cabeza le daba un aire de persona de carácter. Al ver al chico, dulcificó su sonrisa.

—¿Qué quieres, niño?

—Busco a Alfonsina Malú.

La mujer se puso alerta. El chico lo notó y reaccionó como el mejillón que cierra las valvas ante la menor amenaza.

—¿Es tu madre?



—Sí. Traigo esta dirección —insistió—. ¿No vive aquí?

—¡Alfonsina! Sí, vivía aquí hasta hace unos días. Pero se marchó por sorpresa sin decirnos adónde iba.

Los mofletes del niño adquirieron al instante la rigidez de una estatua de piedra. Su rostro palideció. Al mismo tiempo, algo se le derrumbó por dentro. Le asomaron las lágrimas.

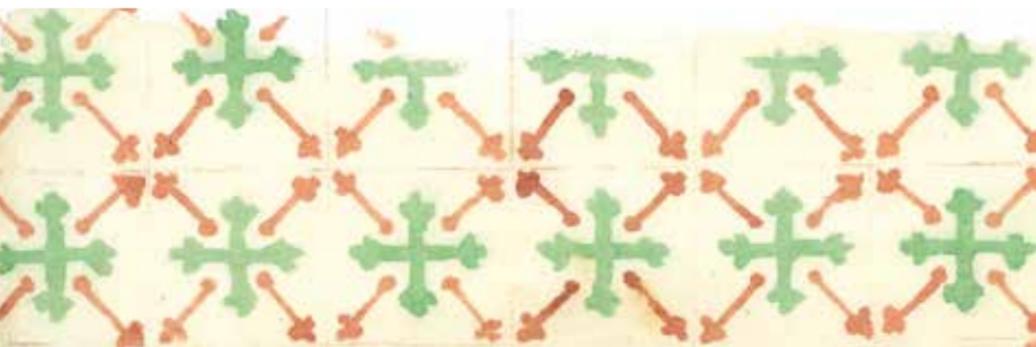
—¿Tú eres Nahuel? ¡Qué chico más guapo! —reaccionó la mujer.

Levantó las manos para abrazarlo, pero él se echó hacia atrás.

—Puedes quedarte aquí hasta que la encontremos —intervino el hombre al ver su desconcierto.

Pero el niño ya se había dado la vuelta y desapareció por donde había venido con la rapidez de una fierecilla salvaje.

Clara y su marido se miraron, acusándose mutuamente del desgraciado desenlace de aquel encuentro.



—¿Por qué enviaste el billete sin decirle nada a su madre? —le recriminó él—. ¡Te has buscado un buen lío! ¿Qué pasará ahora con ese niño?

—¡Quién iba a pensar que Alfonsina se marcharía de casa! Creí que le haría ilusión tener a su hijo aquí...

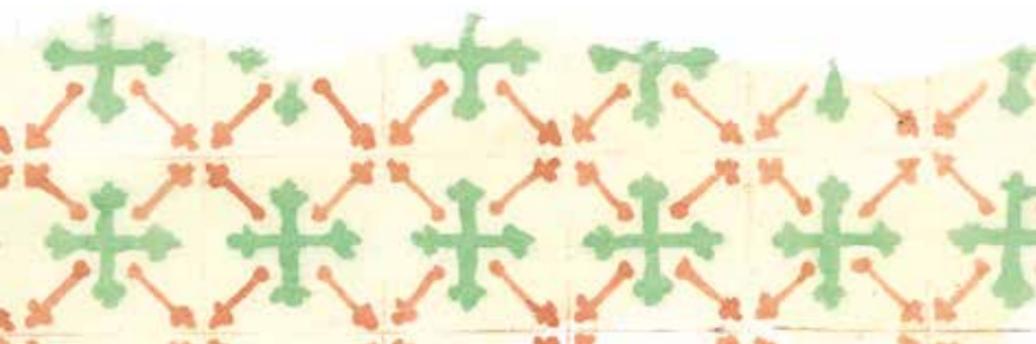
—¡Ya lo ves! Hablaba de él por hablar. Nunca tuvo intención de traerlo —reflexionó el hombre. Y, de repente, como asaltado por un pensamiento que a él mismo le sorprendía, añadió—: ¿Y si se marchó porque sabía que iba a venir su hijo y no quería tenerlo? ¿No es posible que hubiera visto el billete?

—Yo no se lo mostré —le contestó su mujer.

—Pero metía las narices donde no debía... Le diste demasiada confianza.

—¿Tú pensabas hace unos días que actuaría así? ¿Quién podía imaginar esa salida?

Mientras ellos dos discutían, Nahuel desandaba a buen paso el camino hacia la plaza de Catalunya, el único lugar de Barcelona que conocía.





Empezaba a anochecer. Las luces de las calles se encendieron de golpe. «Con tanta luz, aquí no es posible que haya noche», pensó él, que nunca había visto algo semejante.

Las aceras, antes bulliciosas, se iban quedando vacías. El cansancio se abatía sobre él. Había sido un día largo y repleto de emociones, algo difícil de resistir.

Ya en la plaza, se acercó a un banco que estaba libre y se sentó en él. En otro asiento, un hombrecillo arrugado estaba acabando de comerse un bocadillo. Después, recogió sus cosas y las puso en la bolsa que tenía a los pies, extendió una manta sobre el banco, se santiguó y se tumbó sobre ella.

Al poco rato, roncaba como un bendito.

## **Un cielo sin estrellas**

Nahuel estaba triste y angustiado. Intentaba resistirse a las lágrimas que le llegaban a los ojos.

A punto de conciliar el sueño por el agotamiento, el sonido de una sirena lo desveló. Vio pasar luces azules y escuchó alarmantes pitidos.

Ya no durmió. Todos sus sentidos permanecían alerta. La noche se le hizo eterna. Por suerte, no hacía frío ni llovía. Pero tuvo más miedo que si por allí hubiera oído rondar algún coyote.

En cuanto amaneció y empezó a ver gente por la calle, salió a buscar a su madre. Iba sin rumbo de un lado para otro; no se permitía descansar ni un instante. La necesitaba. Estaba solo y desorientado.

Un niño de diez años llega solo a Barcelona, donde trabaja su madre. Pero ha habido una confusión. Pasan los días y no la encuentra. De pronto comprende que no tiene más hogar que un banco en una plaza.

La vida en una aldea de los Andes y el ritmo de una ciudad europea, las esperanzas de un niño y la dureza de la calle, la amabilidad y la distancia, el miedo y la fiesta impregnan las páginas de este relato.

Un homenaje a las muchas historias ocultas de la inmigración y una invitación a reflexionar sobre la acogida.

